

esos mudos indicios de la Naturaleza, nos presagia el cielo sus designios, ó cuando ménos nos da á entender que confiamos demasiado en la remision de nuestro castigo, porque nuestra muerte se ha diferido algunos dias. ¿Quién sabe lo que durarán, ni lo que hasta entónces será nuestra existencia, ni si lo más que averiguaremos es que somos polvo, que polvo volveremos á ser, y que acabaremos? ¿Á qué, si no, ponernos delante de ese doble espectáculo, esa súbita persecucion en el aire y en la tierra, ambas en la misma dirección y en el mismo instante? ¿Por qué esa oscuridad del lado de Oriente ántes de mediar el dia, y ese fulgor matutino, más vivo que el de la aurora, que ostenta aquella nube hácia el Occidente, esparciendo destellos por el firmamento azul, y descendiendo lentamente cual si trajese una mision del cielo?»

Y no era ofuscacion suya; que de aquella parte, reflejando en el Paraiso un resplandor marmóreo y posándose sobre una colina, anunciaba una aparicion gloriosa, de que no hubiera dudado Adan, si el humano temor no hubiera puesto en sus ojos sombras. No aparecieron más esplendentes los ángeles cuando se mostraron á Jacob en Mahanain, viéndose cubierto el campo con las tiendas de sus fúlgidas cohortes ¹; ni cuando en Dothan se descubrió flamigera montaña hecha un campo de fuego y amenazando al monarca sirio, que para sorprender á un solo hombre y obrando como asesino, suscitó una guerra, sin proclamarla ².

Señaló el príncipe de las celestes jerarquias los puestos que habian de ocupar sus brillantes potestades para apoderarse del jardin, y él se adelantó solo, buscando el sitio en que se habia refugiado Adan. No se le ocultó á este, y mientras se acercaba el supremo mensajero, dijo á su esposa: «Dispónte ya, Eva, á alguna gran novedad que quizá ha de cambiar nuestra suerte, ó imponernos nuevas leyes á que tendremos de someternos, porque veo á lo léjos descender de la fulminante nube que envuelve la colina un guerrero de la legion celeste, y segun su apariencia, no de los inferiores. Será algun gran Potentado, alguno de los supremos Tronos; que tal es la majestad que le rodea. No me inspira temor por su terrible aspecto, ni tiene la benigna dulzura de Rafael, que tanta confianza infunde, sino una presencia tan solemne como sublime; y para no ofenderle, retírate tú; yo con la mayor reverencia le saldré al encuentro.»

(1) El sueño y la escala de Jacob.

(2) Alude á la guerra que movió el rey de Siria al de Israel por la revelacion del profeta Eliseo, de que habla el *Libro de los Reyes* en el cap. IV.



LAS COHORTES ANGÉLICAS DESCENDIAN AL PARAISO.

Y apenas dijo esto, se le acercó el Arcángel apresuradamente, no en su figura celestial, sino ataviado como un hombre que ha de entenderse con otro hombre. Sobre sus resplandecientes armas flotaba una veste marcial de púrpura, más viva de color que la Melibea ¹, ó que la grana de Sarra ² con que en los tiempos de treguas se ornaban los reyes y antiguos héroes. Isis tejió sus matices; su estrellado yelmo con la visera alzada dejaba ver un rostro en las primicias de la virilidad que acaba de salir de la juventud; á un lado, como un radiante zodiaco llevaba pendiente la espada, terrible espanto de Satanás, y en su mano empuñaba la lanza. Adan se inclinó profundamente; el Arcángel se mantuvo erguido, y con majestuosa dignidad le dió así cuenta de su mensaje:

«Adan, el supremo mandato del cielo no ha menester exordios: baste decirte que tus ruegos han sido oídos, y que la muerte á que estabas sentenciado desde el momento de tu transgresion retrasará su golpe los largos días que te están concedidos para dar lugar á tu arrepentimiento, y á que borres tu criminal accion con tus buenas obras. Entónces tal vez, desenojado tu Señor, te redimirá enteramente de la instancia con que la muerte te reclama; pero no te es permitido morar más tiempo en el Paraiso, y yo he venido para sacarte de él y enviarte fuera del Eden á labrar la tierra de que fuiste formado, y á cuyo seno es bien que vuelvas.»

No dijo más; porque al oír Adan estas palabras, sintió sobrecogido su corazón y embargados sus sentidos por el hielo del más acerbo dolor; mas Eva, que aunque oculta, todo lo habia escuchado, se denunció á si misma, prorumpiendo en gritos y agudos lamentos:

«¡Oh inesperado golpe, más terrible que el de la muerte! ¡Salir de este dulce Paraiso, dejar mi suelo natal y estos dichosos y umbrios vergeles, morada digna de dioses! ¡Y yo que esperaba subsistir aquí tranquila en medio de mi tristeza, hasta que llegase el día mortífero para ambos! Flores amadas que no hallaré en ningun otro clima, las primeras á quienes visitaba por la mañana, las últimas de quienes por la tarde me despedía; flores que tanto cuidaba mi cariñosa mano desde que os abriais, y á todas las cuales he dado nombre: ¿quién os enderezará hácia el Sol ahora, y os ordenará por tribus, y os regará con la ambrosia de

(1) Era Melibea una ciudad de Tesalia, famosa por el pescado que se cogía en sus aguas, llamado *ostrum*, con el cual se teñía la púrpura más selecta.

(2) La grana ó púrpura de Sarra, que también se decía de Tiro, debía su nombre fenicio, al pez llamado *Sar* ó *Sarra*, procedente de aquellos mares y cuya sangre daba el hermoso color purpúreo.

estos puros manantiales? Y tú, por fin, nupcial gruta, que yo me complacia en embellecer con cuanto puede ser agradable á la vista y al olfato: ¿cómo me alejaré de ti para andar vagando por un mundo inferior, que comparado con éste será salvaje y sombrío? ¿Cómo vivir de un aire ménos puro, acostumbrada á estos frutos inmortales?»

Al oír esto el Ángel, la interrumpió dulcemente: «No así te lamentes, Eva; renuncia con resignación á lo que justamente has perdido; no te apasionas con tanta vehemencia de lo que no es tuyo. Al salir de aquí, no vas sola; va contigo tu esposo, á quien estás obligada á seguir, porque donde él habite será tu tierra natal.»

Entonces Adán, volviendo en sí de su repentino é inerte anonadamiento y recobrando el ánimo, dirigió á Miguel estas humildes palabras: «Espíritu celestial, bien seas uno de los Tronos, bien lleves el nombre de superior entre ellos, porque tu majestad puede ser propia de un príncipe que impera sobre otros príncipes: bondadosamente nos has comunicado tu mensaje, que á hacerlo de otro modo, no hubiéramos resistido á tan duro golpe; mas todo el dolor, todo el abatimiento y desesperación que puede resistir nuestra flaqueza, en tus palabras están cifrados al anunciarnos el destierro de esta feliz morada, que era nuestro dulce asilo, el único consuelo á que nuestras almas estaban acostumbradas. Cualquiera otro lugar nos parecerá inhospitalario y yermo; nos desconocerá á nosotros y será para nosotros desconocido. ¡ Ah! Si á fuerza de incesantes ruegos lograrse apiadar la voluntad de Aquel que lo puede todo, no cesaría un momento de importunarle con continuos clamores; pero pedirle lo que se opone á su absoluto decreto, sería tan inútil como querer contrarestar con nuestro hálito la fuerza del viento, que rechaza sofocante sobre nosotros al exhalarlo. Me someto, pues, á su soberano mandato: sólo me aflige la idea de que al partir de aquí, no volveré á ver su rostro, no contaré más con su bendito auxilio. Aquí hubiera yo recorrido de uno en otro, adorándolos, todos los sitios en que se dignó consolarme con su divina presencia; y hubiera dicho á mis hijos: «En este monte se me apareció; bajo este árbol se me hizo visible; entre estos pinos oí su voz; aquí, orillas de esta fuente, conversé con Él.» En muestra de reconocimiento, le hubiera erigido altares de césped, y hubiera acumulado lustrosas piedras de los arroyos en memoria y monumento para las futuras edades, y derramado sobre ellas el dulce perfume de odoríferas gomas, de los frutos y de las flores. Pero en

ese otro infimo mundo ¿dónde hallaré sus brillantes apariciones, ni siquiera señal de la huella de sus plantas? Porque, aunque yo huya de su cólera, una vez recobrada la vida, y prolongada su duración y legada á la posteridad que se me promete, no me queda otro consuelo que alcanzar á ver los destellos últimos de su gloria y adorar de lejos los más leves vestigios de sus pasos.»

«No ignoras, Adán, le replicó Miguel con afectuoso semblante, que suyo es el cielo, suya la tierra toda, no esta roca solamente; que llena con su presencia la tierra, el mar, el aire, todo cuanto vive alentado por el calor de su virtual omnipotencia. Te ha concedido el dominio de la tierra toda para que la poseas y la gobiernes, don que no debes menospreciar; y así, no creas que su presencia está reducida á los estrechos límites del Paraíso ó del Eden. Este hubiera sido quizá la cabeza de tu imperio, de donde hubieran salido todas las generaciones, y adonde hubieran vuelto también de todos los confines de la tierra para ensalzarte y reverenciarte á ti, su ilustre progenitor; pero tú has perdido esta preeminencia, decayendo hasta el punto de tener que morar en el mismo suelo que tus hijos. No dudes, pues, de que tan presente como aquí, está Dios en los valles y en las llanuras, de que le hallarás en todas partes, y de que por donde quiera te seguirán las pruebas de su presencia, y te verás circuido de su bondad y paternal amor, de su verdadera imagen y de las divinas huellas de sus pasos. Y para que puedas creer y asegurarte en esto antes que de aquí salgas, has de saber que soy enviado para revelarte lo que en los futuros siglos te acontecerá á ti y acontecerá á tu descendencia. Prepárate á presenciar bienes y males, la pugna que se empeñará entre la divina gracia y la perversidad del hombre. Así aprenderás la verdadera resignación, y á moderar la alegría con el temor y un piadoso recogimiento, de modo que te mantengas igualmente sereno en la fortuna y en la adversidad, para que puedas arrostrar más á salvo los trances de la vida, y disponerte mejor al de la muerte cuando sobreviniere.—Sube ahora conmigo á esta eminencia; deja aquí á Eva, á quien ya he tranquilizado, entregada al sueño, mientras tú, despierto, contemplas el porvenir, como en otro tiempo dormías tú también, cuando ella vino á la vida.»

Á cuyas palabras agradecido, contestó Adán: «Sube en buen hora, que yo te seguiré como á seguro guía por el camino que me conduzcas; sumiso estoy á la voluntad del cielo en medio de mi castigo. Opondré dócil pecho á todos los males, y me armaré para hacerme superior á todos los sufrimientos y con-